



# Traducción y Periodismo

por Claudia Martínez



*Claudia Martínez es Traductora Literaria y Técnico-Científica, se desempeña como Jefa de la Sección Traducciones del diario Clarín, en el cual trabaja desde 1998. Esta ponencia fue presentada en la Mesa Redonda "Lenguaje periodístico y traductores" realizada durante el III Congreso latinoamericano de Traducción e Interpretación. Acostumbrada al trabajo rápido, a tener capacidad de síntesis y a leer el diario como la mejor fuente de inspiración para definir un estilo, explica aquí cómo el traductor no debe traspasar la raya delgada que separa su traducción del lenguaje universal.*

Tantas cosas me habían dicho sobre el ambiente periodístico que, cuando me tuve que presentar el primer día en Clarín para que me explicaran en qué iba a consistir mi trabajo, fui con una amiga. Y lo bien que hice. Por ese entonces, yo tenía 22 años y un diario era -y muchas veces sigue siendo- un ambiente predominantemente masculino, por no decir machista, a tal punto que cuando entraba una mujer a la redacción, sobre todo si era joven, los hombres se ponían a aplaudir y silbar.

Superado este escollo, el resto no hizo más que ejercer pura fascinación. La redacción es lo menos parecido a una oficina: suenan teléfonos todo el tiempo, la gente se expresa en voz muy alta, la vestimenta es absolutamente informal, hay televisores que uno mira en forma intermitente y, por sobre todo, impera un ritmo vertiginoso que devora.

Puede parecer irrelevante, pero en este contexto, el primer desafío que se le plantea a un traductor, acostumbrado a la relación íntima que existe entre él y la máquina de escribir --hoy, la computadora-- consiste en aprender a aislarse del entorno y lograr el suficiente poder de concentración como para producir una traducción "decente"

en tiempo récord. Las condiciones de trabajo ideales tal vez no existan, pero en un diario existen menos. Cuando uno está escribiendo y al lado los periodistas de Deportes cantan las canciones que entonaba la tribuna en la cancha de fútbol, lo "ideal" se desvanece de inmediato.

Primera regla de la traducción periodística: la rapidez -harás lo que debas hacer, pero lo harás rápido-. Y, por lo general, con un editor en la nuca queriendo siempre averiguar cuál es el "lead", o la "cabeza de la información", para titular.

La segunda regla podría ser la ductilidad. Cuando empecé a trabajar, la situación económica del país en general, y del diario en particular, permitía que hubiera un traductor por sección, de modo que existía cierta especialización. Lo cual resultaba beneficioso a la hora de recordar terminologías específicas. Por ejemplo, si uno trabajaba en Economía era conveniente saber que existía la OCDE, la OMC y la CEPAL, y por qué no los "joint ventures", los "commodities" y el "equity capital". No hacía falta determinar de inmediato que la NATO era la OTAN, ni que Kazajstán y Uzbekistán eran primas hermanas ni cómo se escribía exactamente



## Traducción y Periodismo

en español el nombre del rey de Jordania. Ese era patrimonio de la sección Internacionales. Ni qué hablar cuando la informática no sólo trajo computadoras a la redacción sino que incorporó un lenguaje nuevo del que nunca había oído hablar, al menos yo, en mi Lenguas Vivas "natal".

Hoy, la globalización también llegó a la traducción y un traductor periodístico se ve obligado a dominar más de un lenguaje. Porque lenguaje periodístico parece haber uno solo, pero no es tan así. La traducción periodística está conformada por un entramado de sublenguajes, cada uno de ellos con un sello propio, que no sólo tiene que ver con la especificidad del vocabulario. También con el uso de un determinado pronombre y no otro, de una "jerga" característica de la sección y de quienes la leen, de una gama de adverbios en detrimento de otros. Así es como en una entrevista a un actor de cine o televisión, o a un músico, sobre todo si éste es joven, el "you" genérico del inglés se transforma en "tú" en la Sección Espectáculos, mientras que en el Suplemento Cultural, en Política o en Economía, la traducción suele no apartarse del formal "usted".

¿Cómo superar este escollo en favor de la ductilidad? El bagaje cultural del traductor aporta lo suyo, claro, pero hay una receta que por sencilla no es menor: leer el diario. Esa es la fuente más enriquecedora, no sólo a nivel informativo, sino formativo. Con esto no quiero decir que las traducciones que salen publicadas en los diarios -y hablo especialmente de Clarín- sean incuestionables. Lo que quiero destacar es que la lectura de textos periodísticos es la mejor fuente de inspiración a la hora de definir un estilo. Porque más allá de lo específico de cada área, el lenguaje periodístico tiene un estilo propio que la traducción se ve obligada a reflejar: un lenguaje claro, conciso, en inglés se diría "to the point". Se trata de explicar algo sin rodeos, evitando las largas subordinadas, de la manera más clara posible dentro de lo que permite un espacio siempre reducido. En la mayoría de los casos, el texto original en otro idioma también es un texto periodístico y esto ayuda. Pero la concepción de un texto periodístico no es la misma en Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra o en Italia, por dar algunos ejemplos. El traductor, en nuestro caso, no sólo tiene que interpretar y transmitir el sentido del texto original, sino que debe adaptarlo a las características de un texto periodístico en español, en español rioplatense, en mi caso, "clarinesco", intentando, al mismo tiempo, no traspasar esa línea delgada que lo alejaría de un lenguaje universal y lo

convertiría en un jeringozo comprensible por unos pocos.

El traductor periodístico debe poder acortar la versión original y adaptarla a las medidas que impone la diagramación de la página. De lo cual se desprende otra característica del lenguaje periodístico: la capacidad de síntesis. Un traductor periodístico se convierte en un buen traductor periodístico cuando se anima a cobrar independencia, cuando observa el original en su totalidad, casi como desde lejos, y aprende a interpretar y sintetizar. Cuando deja de ser literal para ser personal. A veces, sobre todo en los comienzos, las condiciones no siempre son favorables y estimulantes. Conozco editores que decían, sin miramientos: "*Traducime estas 250 líneas que van en un recuadro de 20*". Pero siento que no hay mayor desafío para el traductor, ni nada más gratificante, que lograr plasmar en su traducción independencia de criterio y fidelidad al original. Por cierto, el hecho de que el traductor le ponga la firma a una traducción no es un acto mecánico ni formal: tiene que ver con esa dosis de ingenio que puso en práctica para que el autor del texto original, si tuviera ocasión de leerlo, pudiera reconocerse en el texto traducido, pero que, al mismo tiempo, permita que la traducción pueda leerse como un texto autónomo, unidimensional, sin interferencias lingüísticas que se escabullan entre líneas.

Es ahí donde traducción y periodismo se dan la mano. El traductor se vuelve periodista por un rato, sin olvidar su esencia. Con diferentes fuentes de información y diferentes fuentes de consulta, el periodista y el traductor periodístico tienen como objetivos la claridad, la veracidad, la precisión, la rigurosidad. Tanto uno como otro experimentan la extraña y ambigua sensación de que el texto que producen es tan efímero como esencial, tan coyuntural como trascendental, tan privado y tan expuesto al mismo tiempo.

Rapidez, ductilidad, precisión, claridad, capacidad de síntesis bajo presión, autonomía, veracidad. Y estilo. Una buena traducción periodística logra desprenderse del original que le dio vida, sin olvidar que gracias a él existe. Trasciende los límites del texto original sin por eso negar su esencia. Sabiendo que su vida es corta pero pública, se planta en tinta sobre el papel con autoridad, autonomía y convicción, sin dejar de reconocerse en su progenitor, pero marcando las diferencias que definen su identidad.